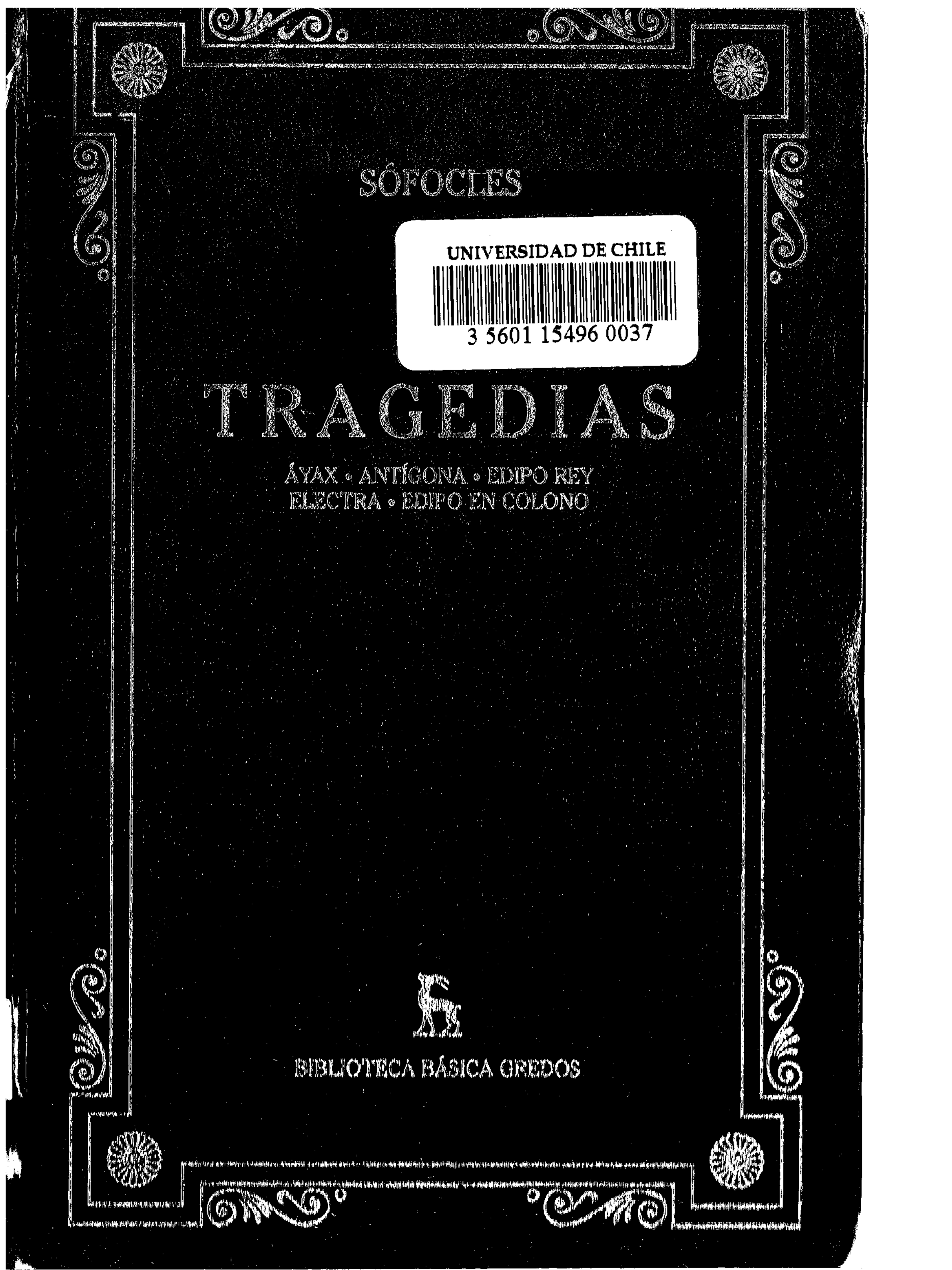

SÓFOCLES
TRAGEDIAS
ÁYAX • ANTÍGONA • EDIPO REY
ELECTRA • EDIPO EN COLONO
BIBLIOTECA BÁSICA GREDOS

ANTÍGONA

INTRODUCCIÓN

Se representó probablemente el año 442 a. C. Estamos en el ciclo tebano, en un momento posterior al que narran *Edipo rey* y *Edipo en Colono*. Tras la muerte de Edipo, sus hijos varones, Eteocles y Polinices, se disputan el dominio de Tebas, quedando el primero al mando de la ciudad; a raíz de ello se entabla una guerra fratricida (escenificada por Esquilo en *Los Siete contra Tebas)* que termina con la muerte de ambos hermanos, el uno a manos del otro. Creonte, tío de Edipo, se hace con las riendas de la ciudad, manda celebrar honras fúnebres por Eteocles y prohíbe que se dé sepultura a Polinices como castigo por haber atacado la ciudad (el que un cadáver quedase sin enterrar se consideraba una afrenta de extraordinaria gravedad).

La obra de Sófocles empieza en este momento. Antígona, hermana de Polinices, considera que enterrar a su hermano es un deber suyo ante los dioses y por lo tanto está por encima de cualquier ley o decreto humanos, que está dispuesta a desafiar sin importarle las consecuencias. Los guardias de Creonte la sorprenden en el intento y se la confina en una cueva a las afueras de la ciudad para que perezca. Hemón, hijo de Creonte y prometido de Antígona, trata de convencer a su padre de que cambie de actitud, pero es inútil; finalmente decide presentarse en la cueva, donde encuentra a su

amada ahorcada con sus propias ropas; enloquecido de dolor, se quita la vida con su espada.

Las noticias llegan al palacio de Tebas, lo que provoca a su vez el suicidio de la madre de Hemón, Eurídice. Creonte acaba por reconocer, demasiado tarde, las funestas consecuencias de su desvarío y su jactancia. El corifeo le recuerda que «no hay que cometer impiedades en las relaciones con los dioses» y que la arrogancia se acaba pagando amargamente.

Esta tragedia es, junto con el *Edipo rey*, la que más ha cautivado la imaginación occidental a lo largo de los siglos, aunque en cuanto a perfección formal esté algo por debajo de aquélla. Se trata en realidad de una tragedia de dos personajes, Creonte y Antígona, aunque mientras es patente la arrogancia y desmesura del primero, parece claro que está fuera de lugar atribuir a la heroína algo parecido a una culpabilidad que justifique su triste final; ella, en realidad, se limita a defender valientemente leyes trascendentes que escapan a la esfera del Estado y al ámbito de lo humano o profano, y parece que Sófocles está con ella, dibujando un carácter que lejos de parecer sobrehumano se muestra noblemente humano y compasivo: «mi persona no está hecha para compartir el odio, sino el amor», como dice ella misma en el verso 523. Como decíamos, la obra ha suscitado un sinfín de interpretaciones y de versiones (Hegel, Hölderlin, Anouilh y muchos otros); a este asunto está dedicado un excelente libro de G. Steiner, *Antígonas. Una poética y una filosofía de la lectura*, trad. esp., Barcelona, 1987.

I

ARGUMENTO DEL GRAMÁTICO ARISTÓFANES SOBRE *ANTÍGONA*

Antígona fue sorprendida enterrando a Polinices en contra de la prohibición de la ciudad, y, colocándola en una tumba subterránea, fue condenada a muerte por orden de Creonte. En consecuencia, también Hemón, que sufría por su amor, se dio muerte a sí mismo con una espada. De resultas de la muerte de éste, también su madre, Eurídice, se dio muerte a sí misma.

El mito está también en la *Antígona* de Eurípides, salvo que allí, siendo sorprendida con Hemón, es entregada a él en matrimonio y le da un hijo.

La escena de la obra transcurre en la Tebas beocia. El Coro está compuesto de ancianos del lugar. El prólogo corre a cargo de Antígona y la acción transcurre en el palacio de Creonte. El tema principal es el enterramiento de Polinices, la muerte de Antígona, la muerte de Hemón y el destino funesto de Eurídice, la madre de Hemón. Dicen que Sófocles fue considerado digno de ostentar el mando del ejército en Samos, al haber sido premiado en la representación de la *Antígona*. Esta obra está catalogada con el número treinta y dos.

II

ARGUMENTO DE SALUSTIO SOBRE *ANTÍGONA*

La obra es de las más bellas de Sófocles. Es objeto de controversia lo que se cuenta acerca de la heroína y de su hermana Ismene. En efecto, Ión en sus ditirambos dice que ambas fueron quemadas en el templo de Hera por Laodamante, hijo de Eteocles. Mimnermo [fr. 21] dice que Ismene, manteniendo relaciones con Teoclímeno, murió a manos de Tideo por indicación de Atenea. Así que esas cosas son las que se cuentan acerca de las heroínas. No obstante, la opinión común ha tenido a éstas por honradas y buenas hermanas por encima de lo corriente, opinión que comparten los poetas trágicos y según la cual exponen lo relativo a ellas. La obra recibió el nombre de *Antígona,* al ser ella la que proporcionaba el argumento. El cuerpo de Polinices yace insepulto, y Antígona, que intenta darle sepultura, es impedida por Creonte y, al ser sorprendida mientras lo sepultaba ella misma, es destruida. Hemón, el hijo de Creonte, enamorado de ella y siéndole insoportable semejante desgracia, se mata él mismo. Por lo cual, también su madre, Eurídice, pone fin a su vida con el lazo.

III

A Polinices, que había muerto en lucha cuerpo a cuerpo contra su hermano, Creonte, habiéndolo dejado fuera de la ciudad, insepulto, ordena públicamente que nadie lo entierre, bajo amenaza de pena de muerte. Antígona, su hermana, intenta enterrarlo y levanta un

túmulo, ocultándose de los guardias; a éstos Creonte los amenaza con la muerte si no encuentran al autor de aquello. Ellos, tras quitar la tierra arrojada encima, intensifican la guardia. Al llegar Antígona y encontrar el cadáver descubierto, prorrumpiendo en gemidos se descubrió a sí misma. Y a ella, entregada por los guardias, Creonte la condena y la encierra viva en una tumba. Tras esto, Hemón, hijo de Creonte, que la pretendía, enfurecido se mata a sí mismo junto a la muchacha, que se había quitado la vida con una soga, habiendo Tiresias predicho estas cosas por anticipado. A consecuencia de esto, dolorida, Eurídice, esposa de Creonte, se mata ella misma. Creonte, finalmente, entona un lamento por la muerte de su hijo y su esposa.

PERSONAJES

ANTÍGONA.
ISMENE.
CORO de ancianos tebanos.
CREONTE.
GUARDIÁN.
HEMÓN.
TIRESIAS.
MENSAJERO.
EURÍDICE.
Otro MENSAJERO.

(La escena tiene lugar delante del palacio real de Tebas. Primeras luces de madrugada. Salen de palacio Antígona y su hermana Ismene.)

ANTÍGONA. — ¡Oh Ismene, mi propia hermana, de mi misma sangre!, ¿acaso sabes cuál de las desdichas que nos vienen de Edipo va a dejar de cumplir Zeus en nosotras mientras aún estemos vivas? Nada doloroso ni sin desgracia, vergonzoso ni deshonroso existe que yo no haya visto entre tus males y los míos. Y ahora, ¿qué edicto es éste que dicen que acaba de publicar el general[1] para la ciudad entera? ¿Has oído tú algo y sabes de qué trata? ¿O es que no te das cuenta de que contra nuestros seres queridos se acercan desgracias propias de enemigos?

ISMENE. — A mí, Antígona, ninguna noticia de los nuestros, ni agradable ni penosa, me ha llegado desde que ambas hemos sido privadas de nuestros dos hermanos, muertos los dos en un solo día por una acción recíproca. Desde que se ha ido el ejército de los Argivos, en la noche que ha pasado, nada nuevo sé que pueda hacerme ni más afortunada ni más desgraciada.

ANTÍGONA. — Bien lo sabía. Y, por ello, te he sacado fuera de las puertas de palacio para que sólo tú me oigas.

[1] Se refiere a Creonte y señala una de las más importantes actividades del jefe del estado, la de general del ejército. Por otra parte, en poesía se utiliza, a veces, el término *stratós* significando *dêmos* (ESQUILO, *Euménides* 566).

ISMENE. — ¿Qué ocurre? Es evidente que estás meditando alguna resolución.

ANTÍGONA. — Pues, ¿no ha considerado Creonte a nuestros hermanos, al uno digno de enterramiento y al otro indigno? A Eteocles, según dicen, por considerarle merecedor de ser tratado con justicia y según la costumbre, lo sepultó bajo tierra a fin de que resultara honrado por los muertos de allí abajo. En cuanto al cadáver de Polinices, muerto miserablemente, dicen que, en un edicto a los ciudadanos, ha hecho publicar que nadie le dé sepultura ni le llore, y que le dejen sin lamentos, sin enterramiento, como grato tesoro para las aves rapaces que avizoran por la satisfacción de cebarse.

Dicen que con tales decretos nos obliga el buen Creonte a ti y a mí —sí, también a mí— y que viene hacia aquí para anunciarlo claramente a quienes no lo sepan. Que el asunto no lo considera de poca importancia; antes bien, que está prescrito que quien haga algo de esto reciba muerte por lapidación pública en la ciudad. Así están las cosas, y podrás mostrar pronto si eres por naturaleza bien nacida, o si, aunque de noble linaje, eres cobarde.

ISMENE. — ¿Qué ventaja podría sacar yo, oh desdichada, haga lo que haga [2], si las cosas están así?

ANTÍGONA. — Piensa si quieres colaborar y trabajar conmigo.

ISMENE. — ¿En qué arriesgada empresa? ¿Qué estás tramando?

ANTÍGONA. — *(Levantando su mano.)* Si, junto con esta mano, quieres levantar el cadáver.

[2] En griego, literalmente se dice «atando o desatando». Es una expresión hecha en la que se contienen los dos términos de una oposición para indicar la imposibilidad de algo. Es un giro frecuente.

ISMENE. — ¿Es que proyectas enterrarlo, siendo algo prohibido para la ciudad?

ANTÍGONA. — Pero es mi hermano y el tuyo, aunque tú no quieras. Y, ciertamente, no voy a ser cogida en delito de traición.

ISMENE. — ¡Oh temeraria! ¿A pesar de que lo ha prohibido Creonte?

ANTÍGONA. — No le es posible separarme de los míos.

ISMENE. — ¡Ay de mí! Acuérdate, hermana, cómo se nos perdió nuestro padre, odiado y deshonrado, tras herirse él mismo por obra de su mano en los dos ojos, ante las faltas en las que se vio inmerso. Y, a continuación, acuérdate de su madre y esposa —las dos apelaciones le eran debidas—, que puso fin a su vida de afrentoso modo, con el nudo de unas cuerdas. En tercer lugar, de nuestros hermanos, que, habiéndose dado muerte los dos mutuamente en un solo día, cumplieron recíprocamente un destino común con sus propias manos.

Y ahora piensa con cuánto mayor infortunio pereceremos nosotras dos, solas como hemos quedado, si, forzando la ley, transgredimos el decreto o el poder del tirano. Es preciso que consideremos, primero, que somos mujeres, no hechas para luchar contra los hombres, y, después, que nos mandan los que tienen más poder, de suerte que tenemos que obedecer en esto y en cosas aún más dolorosas que éstas.

Yo por mi parte, pidiendo a los de abajo que tengan indulgencia, obedeceré porque me siento coaccionada a ello. Pues el obrar por encima de nuestras posibilidades no tiene ningún sentido.

ANTÍGONA. — Ni te lo puedo ordenar ni, aunque quisieras hacerlo, colaborarías ya conmigo dándome gusto. Sé tú como te parezca. Yo le enterraré. Hermoso será morir haciéndolo. Yaceré con él al que amo y me

ama, tras cometer un piadoso crimen [3], ya que es mayor el tiempo que debo agradar a los de abajo que a los de aquí. Allí reposaré para siempre. Tú, si te parece bien, desdeña los honores a los dioses.

ISMENE. — Yo no les deshonro, pero me es imposible obrar en contra de los ciudadanos.

ANTÍGONA. — Tú puedes poner pretextos. Yo me iré a levantar un túmulo al hermano muy querido.

ISMENE. — ¡Ah, cómo temo por ti, desdichada!

ANTÍGONA. — No padezcas por mí y endereza tu propio destino.

ISMENE. — Pero no delates este propósito a nadie; mantenlo a escondidas, que yo también lo haré.

ANTÍGONA. — ¡Ah, grítalo! Mucho más odiosa me serás si callas, si no lo pregonas ante todos.

ISMENE. — Tienes un corazón ardiente para fríos asuntos [4].

ANTÍGONA. — Pero sé agradar a quienes más debo complacer.

ISMENE. — En el caso de que puedas, sí, pero deseas cosas imposibles.

ANTÍGONA. — En cuanto me fallen las fuerzas, desistiré.

ISMENE. — No es conveniente perseguir desde el principio lo imposible.

ANTÍGONA. — Si así hablas, serás aborrecida por mí y te harás odiosa con razón para el que está muerto.

[3] Figura definida en retórica como un oxímoron. Es un recurso estilístico que resalta la idea por el fuerte contraste. Quiere expresar que irá en contra de las leyes humanas, pero agradando con ello a los dioses. Doble plano patente en la problemática de toda la obra.

[4] Eufemismo que oculta la idea de la muerte, la amenaza decretada para quien lleva a cabo esta acción. Esto permite al autor un bello recurso estilístico para poner de relieve las dos ideas calificadas con estos adjetivos.

Así que deja que yo y la locura, que es sólo mía, corramos este peligro. No sufriré nada tan grave que no me permita morir con honor.

ISMENE. — Bien, vete, si te parece, y sabe que tu conducta al irte es insensata, pero grata con razón para los seres queridos.

(Antígona sale. Ismene entra en palacio. El Coro se presenta llamado por Creonte.)

CORO.

Estrofa 1.ª

Rayo de sol, la más bella luz vista en Tebas, la de las siete puertas, te has mostrado ya, ¡oh ojo del dorado día!, viniendo sobre la corriente del Dirce [5], *tú, que al guerrero de blanco escudo* [6] *que vino de Argos con su equipo, has acosado como a un presuroso fugitivo en rápida carrera, y al que Polinices condujo contra nuestra tierra, excitado por equívocas discordias* [7]. *Lanzando agudos gritos, voló sobre nuestra tierra como un águila cubierta con plumas de blanca nieve, con abundante armamento, con yelmos guarnecidos con crines de caballos.*

[5] Dirce es el río que discurre por el O. de Tebas, mientras que el Ismeno lo hace por el E. (cf. *Edipo Rey*, nota 5). Aquí debería haber sido nombrado el Ismeno, sobre cuya corriente brilla primero el sol al salir, pero, sin embargo, se nombra el Dirce, tal vez por ser el más representativo. También se llama así un importante manantial (ver el v. 844 de esta obra).

[6] El blanco escudo del ejército argivo es, en el terreno de la metáfora, el plumaje, blanco como la nieve, del águila con la que es comparado. Las imágenes se entremezclan en los dos campos. El color blanco propio del ejército argivo podría haber sido elegido por la asociación del nombre propio con *argós*, adjetivo que significa blanco.

[7] La lucha que mantenía con Eteocles por los derechos al trono de Tebas.

Antístrofa 2.ª

Detenido sobre nuestros tejados, y habiendo abierto sus fauces en torno a los accesos de las siete puertas con lanzas ansiosas de muertes, se marchó antes de saciar su garganta con nuestra sangre y de que el fuego[8] *de las antorchas de pino se apoderara del círculo que forman las torres. Tal fue el estrépito de Ares que se extendió en torno a nuestras espaldas, difícil prueba para el dragón adversario*[9].

Zeus odia sobremanera las jactancias pronunciadas por boca arrogante y, viendo que ellos avanzan en gran afluencia, orgullosos del dorado estrépito, rechaza con su rayo a quien se disponía a gritar victoria desde las altas almenas[10].

Estrofa 2.ª

Sobre la dura tierra cayó, como un Tántalo[11] *portador de fuego, el que, dominado por maníaco impulso, resoplaba con los ímpetus de odiosos vientos.*

Pero las cosas salieron de otro modo, y el gran Ares impetuoso fue distribuyendo a cada cual lo suyo sacudiendo fuertes golpes.

Pues siete capitanes, dispuestos ante las siete puertas frente a igual número, dejaron a Zeus, el que aleja

[8] En griego aparece el nombre propio Hefesto, dios del fuego. El mismo caso que cuando traducimos por «guerra» el nombre de Ares (cf. nota 25 de *Ayax*).

[9] El dragón simboliza a Tebas. Los tebanos, según el mito, nacieron de los dientes del dragón sembrados por Cadmo, el fundador. Por otra parte, la lucha entre el águila y la serpiente es un viejo y conocido tema en la literatura griega (*Ilíada* XII 200 y sigs.).

[10] Se refiere a Capaneo, príncipe argivo, impetuoso y arrogante, que intenta escalar las torres de la ciudad de Tebas para incendiarla. Un rayo enviado por Zeus le da muerte. A él se refiere también la segunda estrofa.

[11] Hijo de Zeus que sufrió un castigo por su arrogancia.

los males, todo su armamento como tributo, excepto los dos desgraciados que, nacidos de un solo padre y de una sola madre, tras colocar en posición sus lanzas —ambas poderosas—, obtuvieron los dos su lote de muerte común.

Antístrofa 2.ª

Llegó la Victoria, de glorioso nombre, y se regocijó con Tebas, la rica en carros. De los combates que acaban de tener lugar, que se haga el olvido. Vayamos a todos los templos de los dioses en coros[12] *durante la noche, y Baco, el que hace temblar la tierra de Tebas, sea nuestro guía.*

Pero aquí se presenta el rey del país, Creonte, el hijo de Meneceo, nuevo jefe a la vista de los recientes sucesos enviados por los dioses. ¿A qué proyecto está dándole vueltas, siendo así que ha convocado especialmente esta asamblea de ancianos y nos ha hecho venir por una orden pregonada a todos?

(Sale Creonte del palacio, rodeado de su escolta, y se dirige solemne al Coro.)

CREONTE. — Ciudadanos, de nuevo los dioses han enderezado los asuntos de la ciudad que la habían sacudido con fuerte conmoción. Por medio de mensajeros os he hecho venir a vosotros, por separado de los demás, porque bien sé que siempre tuvisteis respeto a la realeza del trono de Layo, y que, de nuevo, cuando Edipo hizo próspera a la ciudad, y después de que él murió, permanecisteis con leales pensamientos junto a los hijos de aquél.

Puesto que aquéllos, a causa de un doble destino, en un solo día perecieron, golpeando y golpeados en crimen parricida, yo ahora poseo todos los poderes y

[12] Con las danzas dedicadas al dios. Otra alusión a los coros en honor de Dioniso la hemos visto en *Ayax*, verso 669.

dignidades por mi cercano parentesco con la familia de los muertos.

Pero es imposible conocer el alma, los sentimientos y las intenciones de un hombre hasta que se muestre experimentado en cargos y en leyes. Y el que al gobernar una ciudad entera no obra de acuerdo con las mejores decisiones, sino que mantiene la boca cerrada por el miedo, ése me parece —y desde siempre me ha parecido— que es el peor. Y al que tiene en mayor estima a un amigo que a su propia patria no lo considero digno de nada. Pues yo —¡sépalo Zeus que todo lo ve siempre!— no podría silenciar la desgracia que viera acercarse a los ciudadanos en vez del bienestar, ni nunca mantendría como amigo mío a una persona que fuera hostil al país, sabiendo que es éste el que nos salva y que, navegando sobre él, es como felizmente haremos los amigos [13]. Con estas normas pretendo yo engrandecer la ciudad.

Y ahora, de acuerdo con ellas, he hecho proclamar un edicto a los ciudadanos acerca de los hijos de Edipo. A Eteocles, que murió luchando por la ciudad tras sobresalir en gran manera con la lanza, que se le sepulte en su tumba y que se le cumplan todos los ritos sagrados que acompañan abajo a los cadáveres de los héroes. Pero a su hermano —me refiero a Polinices—, que en su vuelta como desterrado quiso incendiar completamente su tierra patria y a las deidades de su raza, además de alimentarse de la sangre de los suyos, y quiso llevárselos en cautiverio, respecto a éste ha sido ordenado por un heraldo a esta ciudad que ninguno le tribute los honores postreros con un enterramiento, ni le llore. Que se le deje sin sepultura y que su cuerpo

[13] Alusión, muy repetida, al símil de la nave del estado, que encontramos desde ARQUÍLOCO (fr. 163), en los líricos, trágicos, en la comedia, historia y oratoria.

sea pasto de las aves de rapiña y de los perros, y ultraje para la vista. Tal es mi propósito, y nunca por mi parte los malvados estarán por delante de los justos en lo que a honra se refiere. Antes bien, quien sea benefactor para esta ciudad recibirá honores míos en vida igual que muerto.

CORIFEO. — Eso has decidido hacer, hijo de Meneceo, con respecto al que fue hostil y al que fue favorable a esta ciudad. A ti te es posible valerte de todo tipo de leyes, tanto respecto a los muertos como a cuantos estamos vivos.

CREONTE. — Ahora, para que seáis vigilantes de lo que se ha dicho...

CORIFEO. — Ordena a otro más joven que sobrelleve esto [14].

CREONTE. — Pero ya están dispuestos guardianes del cadáver.

CORIFEO. — Conque, ¿qué otra cosa nos encargas, además de lo dicho?

CREONTE. — Que no os ablandéis ante los que desobedezcan esta orden.

CORIFEO. — Nadie es tan necio que desee morir.

CREONTE. — Éste, en efecto, será el pago. Pero bajo la esperanza de provecho muchas veces se pierden los hombres.

(Entra un guardián de los que vigilan el cadáver de Polinices.)

GUARDIÁN. — Señor, no puedo decir que por el apresuramiento en mover rápido el pie llego jadeante, pues hice muchos altos a causa de mis cavilaciones, dándome la vuelta en medio del camino. Mi ánimo me hablaba muchas veces de esta manera: «¡Desventurado! ¿Por qué vas adonde recibirás un castigo cuando hayas lle-

[14] El Coro no disimula la mala acogida que en él tienen las órdenes de Creonte acerca de Polinices.

gado? ¡Infortunado! ¿Te detienes de nuevo? Y si Creonte se entera de esto por otro hombre, ¿cómo es posible que no lo sientas?» Dándole vueltas a tales pensamientos venía lenta y perezosamente, y así un camino corto se hace largo. Por último, sin embargo, se impuso el llegarme junto a ti, y, aunque no descubriré nada, hablaré. Me presento, pues, aferrado a la esperanza de no sufrir otra cosa que lo decretado por el azar.

CREONTE. — ¿Por qué tienes este desánimo?

GUARDIÁN. — Quiero hablarte primeramente de lo que a mí respecta. El hecho ni lo hice yo, ni vi quién lo hizo, y no sería justo que me viera abocado a alguna desgracia.

CREONTE. — Bien calculas y ocultas el asunto con un rodeo. Está claro que algo malo vas a anunciar.

GUARDIÁN. — Las palabras terribles producen gran vacilación.

CREONTE. — ¿Y no hablarás de una vez y después te irás lejos de aquí?

GUARDIÁN. — Te lo digo ya: alguien, después de dar sepultura al cadáver, se ha ido, cuando hubo esparcido seco polvo sobre el cuerpo y cumplido los ritos que debía.

CREONTE. — ¿Qué dices? ¿Qué hombre es el que se ha atrevido?

GUARDIÁN. — No lo sé, pues ni había golpe de pala ni restos de tierra cavada por el azadón. La tierra está dura y seca, sin hendir, y no atravesada por ruedas de carro. No había señal de que alguien fuera el artífice. Cuando el primer centinela nos lo mostró, un embarazoso asombro cundió entre todos, pues él [15] había desaparecido, no enterrado, sino que le cubría un fino polvo, como obra de alguien que quisiera evitar la impu-

[15] El cadáver.

reza. Aun sin haberlo arrastrado, no aparecían señales de fiera ni de perro alguno que hubiese venido.

Resonaban los insultos de unos contra otros, acusándonos entre nosotros mismos, y se habría producido al final un enfrentamiento sin que estuviera presente quien lo impidiera. Pues cada uno era el culpable, pero nadie lo era manifiestamente, sino que negaban saber nada. Estábamos dispuestos a levantar metales al rojo vivo con las manos, a saltar a través del fuego [16] y a jurar por los dioses no haberlo hecho, ni conocer al que había tramado la acción ni al que la había llevado a la práctica.

Finalmente, puesto que en la investigación no sacábamos nada nuevo, habla uno que nos movió a todos a inclinar la cabeza al suelo por el temor. Y no sabíamos replicarle, ni cómo actuaríamos para que nos saliera bien. La propuesta era que había de serte comunicado este hecho y que no lo ocultaríamos. Esto fue lo que se impuso y la suerte me condenó a mí, desafortunado, a cargar con esta «buena» misión. Estoy aquí en contra de mi voluntad y de la tuya, bien lo sé. Pues nadie quiere un mensajero de malas noticias.

CORIFEO. — Señor, mis pensamientos están, desde hace un rato, deliberando si esto es obra de los dioses.

CREONTE. — No sigas antes de llenarme de ira con tus palabras, no vayas a ser calificado de insensato a la vez que de viejo. Dices algo intolerable cuando manifiestas que los dioses sienten preocupación por este cuerpo. ¿Acaso dándole honores especiales como a un bienhechor iban a enterrar al que vino a prender fuego a los templos rodeados de columnas y a las ofrendas, así como a devastar su tierra y las leyes? ¿Es que ves que los dioses den honra a los malvados? No es posible.

[16] Sin entrar en suposiciones hago constar que esto es lo que en la Edad Media se llamaban ordalías o juicios de Dios.

Algunos hombres de la ciudad, por el contrario, vienen soportando de mala gana el edicto y murmuraban contra mí a escondidas, sacudiendo la cabeza, y no mantenían la cerviz bajo el yugo, como es debido, en señal de acatamiento. Sé bien que ésos, inducidos por las recompensas de aquéllos [17], son los que lo han hecho.

Ninguna institución ha surgido peor para los hombres que el dinero. Él saquea las ciudades y hace salir a los hombres de sus hogares. Él instruye y trastoca los pensamientos nobles de los hombres para convertirlos en vergonzosas acciones. Él enseñó a los hombres a cometer felonías y a conocer la impiedad de toda acción. Pero cuantos por una recompensa llevaron a cabo cosas tales concluyeron, tarde o temprano, pagando un castigo.

Ahora bien, si Zeus aún tiene alguna veneración por mi parte, sabed bien esto —y te hablo comprometido por un juramento—: que, si no os presentáis ante mis ojos habiendo descubierto al autor de este sepelio, no os bastará sólo la muerte. Antes, colgados vivos, evidenciaréis esta insolencia, a fin de que, sabiendo de dónde se debe adquirir ganancia, la obtengáis en el futuro y aprendáis, de una vez para siempre, que no debéis desear el provecho en cualquier acción. Pues, a causa de ingresos deshonrosos, se pueden ver más descarriados que salvados.

GUARDIÁN. — ¿Me permitirás decir algo, o me voy así, dándome la vuelta?

CREONTE. — ¿No te das cuenta de que también ahora me resultas molesto con tus palabras?

GUARDIÁN. — ¿En tus oídos te hieren o en tu alma?

CREONTE. — ¿Por qué precisas dónde se sitúa mi aflicción?

[17] De los que murmuran a escondidas.

GUARDIÁN. — El culpable te aflige el alma, yo los oídos.

CREONTE. — ¡Ah, está claro que eres por naturaleza un charlatán!

GUARDIÁN. — Pero esa acción no la he cometido nunca.

CREONTE. — Sí, y encima traicionando tu alma por dinero.

GUARDIÁN. — ¡Ay! Es terrible, ciertamente, para quien tiene una sospecha, que le resulte falsa.

CREONTE. — Dátelas de gracioso ahora con mi sospecha. Que, si no mostráis a los que han cometido estos hechos, diréis abiertamente que las ganancias alevosas producen penas.

(Entra Creonte en palacio.)

GUARDIÁN. — ¡Que sea descubierto, sobre todo! Pero, si es capturado como si no lo es —es el azar el que lo resuelve—, de ningún modo me verás volver aquí. Y ahora, sano y salvo en contra de mi esperanza y de mi convicción, debo a los dioses una gran merced.

CORO.

Estrofa 1.ª

Muchas cosas asombrosas existen y, con todo, nada más asombroso que el hombre. Él se dirige al otro lado del blanco [18] *mar con la ayuda del tempestuoso viento Sur, bajo las rugientes olas avanzando, y a la más poderosa de las diosas, a la imperecedera e infatigable Tierra, trabaja sin descanso, haciendo girar los arados año tras año, al ararla con mulos.*

Antístrofa 1.ª

El hombre que es hábil da caza, envolviéndolos con los lazos de sus redes, a la especie de los aturdidos pá-

[18] Epíteto que alude al color de la espuma de las olas del mar al romper en la superficie.

jaros, y a los rebaños de agrestes fieras, y a la familia de los seres marinos. Por sus mañas se apodera del animal del campo que va a través de los montes[19], *y unce al yugo que rodea la cerviz al caballo de espesas crines, así como al incansable toro montaraz.*

Estrofa 2.ª

Se enseñó a sí mismo el lenguaje y el alado pensamiento, así como las civilizadas maneras de comportarse, y también, fecundo en recursos, aprendió a esquivar bajo el cielo los dardos de los desapacibles hielos y los de las lluvias inclementes[20]. *Nada de lo por venir le encuentra falto de recursos. Sólo del Hades no tendrá escapatoria. De enfermedades que no tenían remedio ya ha discurrido posibles evasiones.*

Antístrofa 2.ª

Poseyendo una habilidad superior a lo que se puede uno imaginar, la destreza para ingeniar recursos, la encamina unas veces al mal, otras veces al bien. Será un alto cargo en la ciudad, respetando las leyes de la tierra y la justicia de los dioses que obliga por juramento.

Desterrado sea aquel que, debido a su osadía, se da a lo que no está bien. ¡Que no llegue a sentarse junto a mi hogar ni partícipe de mis pensamientos el que haga esto!

(Entra el Guardián arrastrando a Antígona.)

CORIFEO. — Atónito quedo ante un prodigio que procede de los dioses. ¿Cómo, si yo la conozco, podré negar que ésta es la joven Antígona? ¡Ay desventurada, hija de tu desdichado padre Edipo! ¿Qué pasa? ¿No

[19] Debe tratarse de la cabra, nombrada por HOMERO (*Odisea* IX 155; HESÍODO, *Escudo* 407; *Filoctetes* 955).

[20] P. Mazon expone, aquí, la teoría de que estas palabras aluden a la construcción de sus cuevas y moradas para resguardarse de las inclemencias del tiempo.

será que te llevan porque has desobedecido las normas del rey y ellos te han sorprendido en un momento de locura?

GUARDIÁN. — Ésta es la que ha cometido el hecho. La cogimos cuando estaba dándole sepultura. Pero, ¿dónde está Creonte?

CORIFEO. — Oportunamente sale de nuevo del palacio.

CREONTE. — ¿Qué pasa? ¿Por qué motivo llego a tiempo?

GUARDIÁN. — Señor, nada existe para los mortales que pueda ser negado con juramento. Pues la reflexión posterior desmiente los propósitos. Yo estaba completamente creído de que difícilmente me llegaría aquí, después de las amenazas de las que antes fui objeto. Pero la alegría que viene de fuera y en contra de toda esperanza a ningún otro goce en intensidad se asemeja. He venido, aunque había jurado que no lo haría, trayendo a esta muchacha, que fue apresada cuando preparaba al muerto[21]. Y en este caso no se echó a suertes, sino que fue mío el hallazgo y de ningún otro. Y ahora, rey, tomando tú mismo a la muchacha, júzgala y hazla confesar como deseas. Que justo es que yo me vea libre de esta carga.

CREONTE. — A ésta que traes, ¿de qué manera y dónde la has cogido?

GUARDIÁN. — Ella en persona daba sepultura al cuerpo. De todo quedas enterado.

CREONTE. — ¿En verdad piensas lo que dices y no me mientes?

GUARDIÁN. — La he visto enterrar al cadáver que tú habían prohibido enterrar. ¿Es que no hablo clara y manifiestamente?

[21] Para los ritos del sepelio: esto es, cubrirle de tierra y derramar libaciones.

CREONTE. — ¿Y cómo fue vista y sorprendida?

GUARDIÁN. — La cosa fue de esta manera: cuando hubimos llegado, amenazados de aquel terrible modo por ti, después de barrer toda la tierra que cubría el cadáver y de dejar bien descubierto el cuerpo, que ya se estaba pudriendo, nos sentamos en lo alto de la colina, protegidos del viento, para evitar que nos alcanzara el olor que aquél desprendía, incitándonos el uno al otro vivamente con denuestos, por si alguno descuidaba su tarea. Durante un tiempo estuvimos así, hasta que en medio del cielo se situó el brillante círculo del sol. El calor ardiente abrasaba. Entonces, repentinamente, un torbellino de aire levantó del suelo un huracán —calamidad celeste— que llenó la meseta, destrozando todo el follaje de los árboles del llano, y el vasto cielo se cubrió. Con los ojos cerrados sufríamos el azote divino.

Cuando cesó, un largo rato después, se pudo ver a la muchacha. Lanzaba gritos penetrantes como un pájaro desconsolado cuando distingue el lecho vacío del nido huérfano de sus crías. Así ésta, cuando divisó el cadáver descubierto, prorrumpió en sollozos y tremendas maldiciones para los que habían sido autores de esta acción. En seguida transporta en sus manos seco polvo y, de un vaso de bronce bien forjado, desde arriba cubre el cadáver con triple libación [22].

Nosotros, al verlo, nos lanzamos, y al punto le dimos caza, sin que en nada se inmutara. La interrogábamos sobre los hechos de antes y los de entonces, y nada negaba. Para mí es, en parte, grato y, en parte, doloroso. Porque es agradable librarse uno mismo de desgracias, pero es triste conducir hacia ellas a los deudos [23]. Ahora bien, obtener todas las demás cosas es para mí menos importante que ponerme a mí mismo a salvo.

[22] La triple libación era ritual. La primera era con leche y miel, la segunda con vino dulce y la tercera con agua.

CREONTE. — *(Dirigiéndose a Antígona.)* Eh, tú, la que inclina la cabeza hacia el suelo, ¿confirmas o niegas haberlo hecho?

ANTÍGONA. — Digo que lo he hecho y no lo niego.

CREONTE. — *(Al guardián.)* Tú puedes marcharte adonde quieras, libre, fuera de la gravosa culpa. *(A Antígona de nuevo.)* Y tú dime sin extenderte, sino brevemente, ¿sabías que había sido decretado por un edicto que no se podía hacer esto?

ANTÍGONA. — Lo sabía. ¿Cómo no iba a saberlo? Era manifiesto.

CREONTE. — ¿Y, a pesar de ello, te atreviste a transgredir estos decretos?

ANTÍGONA. — No fue Zeus el que los ha mandado publicar, ni la Justicia que vive con los dioses de abajo la que fijó tales leyes para los hombres. No pensaba que tus proclamas tuvieran tanto poder como para que un mortal pudiera transgredir las leyes no escritas e inquebrantables de los dioses. Éstas no son de hoy ni de ayer, sino de siempre, y nadie sabe de dónde surgieron. No iba yo a obtener castigo por ellas [24] de parte de los dioses por miedo a la intención de hombre alguno.

Sabía que iba a morir, ¿cómo no?, aun cuando tú no lo hubieras hecho pregonar. Y si muero antes de tiempo, yo lo llamo ganancia. Porque quien, como yo, viva entre desgracias sin cuento, ¿cómo no va a obtener provecho al morir? Así, a mí no me supone pesar alcanzar este destino. Por el contrario, si hubiera consentido que el cadáver del que ha nacido de mi madre

[23] También podría traducirse por «amigo». El guarda formaba parte como esclavo de la familia real.

[24] Por transgredirlas, se entiende.

estuviera insepulto, entonces sí sentiría pesar. Ahora, en cambio, no me aflijo. Y si te parezco estar haciendo locuras, puede ser que ante un loco me vea culpable de una locura.

CORIFEO. — Se muestra la voluntad fiera de la muchacha que tiene su origen en su fiero padre. No sabe ceder ante las desgracias.

CREONTE. — Sí, pero sábete que las voluntades en exceso obstinadas son las que primero caen, y que es el más fuerte hierro, templado al fuego y muy duro, el que más veces podrás ver que se rompe y se hace añicos. Sé que los caballos indómitos se vuelven dóciles con un pequeño freno. No es lícito tener orgullosos pensamientos a quien es esclavo de los que le rodean. Ésta conocía perfectamente que entonces estaba obrando con insolencia, al transgredir las leyes establecidas, y aquí, después de haberlo hecho, da muestras de una segunda insolencia: ufanarse de ello y burlarse, una vez que ya lo ha llevado a efecto.

Pero verdaderamente en esta situación no sería yo el hombre —ella lo sería—, si este triunfo hubiera de quedar impune. Así, sea hija de mi hermana, sea más de mi propia sangre que todos los que están conmigo bajo la protección de Zeus del Hogar [25], ella y su hermana no se librarán del destino supremo. Inculpo a aquélla de haber tenido parte igual en este enterramiento. Llamadla. Acabo de verla adentro fuera de sí y no dueña de su mente. Suele ser sorprendido antes el espíritu traidor de los que han maquinado en la oscuridad algo que no está bien. Sin embargo, yo, al menos, detesto que, cuando uno es cogido en fechorías, quiera después hermosearlas.

[25] Creonte conoce que incurre en una falta contra los dioses en la persona de Zeus protector del hogar —al que se tenía consagrado un altar en el patio del palacio—, juzgando y castigando a un miembro de ese hogar, pero cree estar obligado a ello en su condición de guardián de las leyes de la ciudad.

ANTÍGONA. — ¿Pretendes algo más que darme muerte, una vez que me has apresado?

CREONTE. — Yo nada. Con esto lo tengo todo.

ANTÍGONA. — ¿Qué te hace vacilar en ese caso? Porque a mí de tus palabras nada me es grato —¡que nunca me lo sea!—, del mismo modo que a ti te desagradan las mías. Sin embargo, ¿dónde hubiera podido obtener yo más gloriosa fama que depositando a mi propio hermano en una sepultura? Se podría decir que esto complace a todos los presentes, si el temor no les tuviera paralizada la lengua. En efecto, a la tiranía le va bien en otras muchas cosas, y sobre todo le es posible obrar y decir lo que quiere [26].

CREONTE. — Tú eres la única de los Cadmeos que piensa tal cosa.

ANTÍGONA. — Éstos también lo ven, pero cierran la boca ante ti.

CREONTE. — ¿Y tú no te avergüenzas de pensar de distinta manera que ellos?

ANTÍGONA. — No considero nada vergonzoso honrar a los hermanos.

CREONTE. — ¿No era también hermano el que murió del otro lado?

ANTÍGONA. — Hermano de la misma madre y del mismo padre.

CREONTE. — ¿Y cómo es que honras a éste con impío agradecimiento para aquél? [27].

ANTÍGONA. — No confirmará eso el que ha muerto.

CREONTE. — Sí, si le das honra por igual que al impío.

[26] Frase solemne de aguda crítica al aborrecido régimen de la tiranía. No es una referencia aislada en la época clásica (EURÍPIDES, *Ión* 621-632).

[27] Eteocles.

Antígona. — No era un siervo, sino su hermano, el que murió.

Creonte. — Por querer asolar esta tierra. El otro, enfrente, la defendía.

Antígona. — Hades, sin embargo, desea leyes iguales.

Creonte. — Pero no que el bueno obtenga lo mismo que el malvado.

Antígona. — ¿Quién sabe si allá abajo estas cosas son las piadosas?

Creonte. — El enemigo nunca es amigo, ni cuando muera.

Antígona. — Mi persona no está hecha para compartir el odio, sino el amor.

Creonte. — Vete, pues, allá abajo para amarlos, si tienes que amar, que, mientras yo viva, no mandará una mujer.

(Sale Ismene entre dos esclavos.)

Corifeo. — He aquí a Ismene, ante la puerta, derramando fraternas lágrimas. Una nube sobre sus cejas afea su enrojecido rostro, empapando sus hermosas mejillas.

Creonte. — Tú, la que te deslizaste en mi casa como una víbora, y me bebías la sangre sin yo advertirlo. No sabía que alimentaba dos plagas que iban a derrumbar mi trono. Ea, dime, ¿vas a afirmar haber participado también tú en este enterramiento, o negarás con un juramento que lo sabes?

Ismene. — He cometido la acción, si ésta consiente; tomo parte en la acusación y la afronto.

Antígona. — Pero no te lo permitirá la justicia, ya que ni tú quisiste ni yo me asocié contigo.

Ismene. — En estas desgracias tuyas, no me avergüenzo de hacer yo misma contigo la travesía de esta prueba.

Antígona. — De quién es la acción, Hades y los dio-

ses de abajo son testigos. Yo no amo a uno de los míos, si sólo de palabra ama.

Ismene. — ¡Hermana, no me prives del derecho a morir contigo y de honrar debidamente al muerto!

Antígona. — No quieras morir conmigo, ni hagas cosa tuya aquello en lo que no has participado. Será suficiente con que yo muera.

Ismene. — ¿Y qué vida me va a ser grata, si me veo privada de ti?

Antígona. — Pregunta a Creonte, ya que te eriges en defensora suya.

Ismene. — ¿Por qué me mortificas así, cuando en nada te aprovecha?

Antígona. — Con dolor me río de ti, si es que lo hago.

Ismene. — Pero, ¿en qué puedo aún serte útil ahora?

Antígona. — Sálvate tú. No veo con malos ojos que te libres.

Ismene. — ¡Ay de mí, desgraciada! ¿Y no alcanzaré tu destino?

Antígona. — Tú has elegido vivir y yo morir.

Ismene. — Pero no sin que yo te diera mis consejos.

Antígona. — A unos les pareces tú sensata, yo a otros [28].

Ismene. — Las dos, en verdad, tenemos igual falta.

Antígona. — Tranquilízate: tú vives, mientras que mi alma hace rato que ha muerto por prestar ayuda a los muertos.

Creonte. — Afirmo que estas dos muchachas han perdido el juicio, la una acaba de manifestarlo, la otra desde que nació.

Ismene. — Nunca, señor, perdura la sensatez en los

---

28. Ismene se lo parecía a Creonte, Antígona a Polinices y a los que ya estaban en el Hades.

que son desgraciados, ni siquiera la que nace con ellos, sino que se retira.

CREONTE. — En ti por lo menos, cuando has preferido obrar iniquidades junto a malvados.

ISMENE. — ¿Y qué vida es soportable para mí sola, separada de ella?

CREONTE. — No digas «ella»: no existe ya.

ISMENE. — ¿Y vas a dar muerte a la prometida de tu propio hijo?

CREONTE. — También los campos de otras se pueden arar [29].

ISMENE. — No con la armonía que reinaba entre ellos dos.

CREONTE. — Odio a las mujeres perversas para mis hijos.

ANTÍGONA. — ¡Oh queridísimo Hemón! ¡Cómo te deshonra tu padre!

CREONTE. — Demasiadas molestias me producís tú y tu matrimonio.

CORIFEO. — ¿Vas a privar, en verdad, a tu hijo de ésta?

CREONTE. — Hades será quien haga cesar estas bodas por mí.

CORIFEO. — Está decidido, a lo que parece, que muera.

CREONTE. — Tanto en tu opinión como en la mía. No más dilaciones. Ea, esclavas, llevadlas dentro. Preciso es que estas mujeres estén encerradas y no sueltas. Pues incluso los más animosos intentan huir cuando ven a Hades cerca ya de su vida.

(Entran en palacio todos.)

[29] Ésta es una imagen usual que encontramos repetida en el mismo autor (*Traquinias* 33; *Edipo Rey* 1211, 1497) y en otros (EURÍPIDES, *Ión* 49; MENANDRO, *Díscolo* 842).

CORO.

Estrofa 1.ª

¡Felices aquellos cuya vida no ha probado las desgracias! Porque, para quienes su casa ha sido estremecida por los dioses, ningún infortunio deja de venir sobre toda la raza, del mismo modo que las olas marinas, cuando se lanzan sobre el abismo submarino impulsadas por los desfavorables vientos tracios, arrastran fango desde el fondo del negro mar, y resuenan los acantilados azotados por el viento con el ruido que producen al ser golpeados.

Antístrofa 1.ª

Veo que desde antiguo las desgracias de la casa de los Labdácidas se precipitan sobre las desgracias de los que han muerto [30]*, y ninguna generación libera a la raza, sino que alguna deidad las aniquila y no les deja tregua. Ahora se había difundido una luz en el palacio de Edipo sobre las últimas ramificaciones. Pero de nuevo el polvo sangriento de los dioses infernales lo siega, la necedad de las palabras y la Venganza de una resolución* [31].

Estrofa 2.ª

¿Qué conducta de los hombres podría reprimir tu poder, Zeus? Ni el sueño, el que amansa todas las cosas, lo domina nunca, ni los meses incansables de los dioses, y tú, que no envejeces con el tiempo, dominas poderoso el centelleante resplandor del Olimpo. Para lo que sucede ahora y lo que suceda en el futuro, lo mismo que para lo que sucedió anteriormente, esta ley

[30] Layo, Edipo, Eteocles y Polinices.

[31] Pasaje lleno de simbología difícil. Parece que la «luz» era la esperanza en el proyectado matrimonio de Antígona con Hemón. Antígona forma parte de las «últimas ramificaciones». La «necedad de las palabras» de Creonte y la «Venganza» o Erinis que surgirá de las «resoluciones» de Antígona.

prevalecerá: nada extraordinario llega a la vida de los mortales separado de la desgracia.

Antístrofa 2.ª

La esperanza errante trae dicha a numerosos hombres, mientras que a otros trae la añagaza de sus tornadizos deseos. Se desliza en quien nada sabe hasta que se quema el pie con ardiente fuego. Sabiamente fue dada a conocer por alguien la famosa sentencia: lo malo llega a parecer bueno a aquel cuya mente conduce una divinidad hacia el infortunio, y durante muy poco tiempo actúa fuera de la desgracia.

Pero he aquí a Hemón, el más joven vástago de tus hijos. ¿Acaso llega disgustado por el destino de su prometida Antígona, afligiéndose en exceso por la frustración de sus bodas?

(Hemón entra en escena.)

CREONTE. — Pronto lo sabremos mejor que lo saben los adivinos. *(Dirigiéndose a Hemón.)* ¡Oh hijo! ¿No te presentarás irritado contra tu padre, al oír el decreto irrevocable que se refiere a la que va a ser tu esposa? ¿O sigo siéndote querido de todas maneras, haga lo que haga?

HEMÓN. — Padre, tuyo soy y tú me guías rectamente con excelentes consejos que yo seguiré. Ningunas bodas son para mí más importantes de obtener que tu recta dirección.

CREONTE. — Así, hijo mío, debes razonar en tu interior: posponer todo a las resoluciones paternas. Por este motivo piden los hombres tener en sus hogares hijos sumisos tras haberlos engendrado, para que venguen al enemigo con males y honren al amigo igual que a su padre. En cambio, el que trae a la vida hijos que no sirven para nada, ¿qué otra cosa podrías decir de él sino que ha hecho nacer una fuente de sufrimientos para sí mismo y un motivo de burla para sus enemigos? Por tanto, hijo, tú nunca eches a perder tu sensatez por causa del placer motivado por una mujer, sabiendo que una mala esposa en la casa como compañera se convierte en eso, en un frío abrazo[32]. ¿Qué mayor desgracia podría haber que un pariente malvado? Así que, despreciándola como a un enemigo, deja que esta muchacha despose a quien quiera en el Hades, puesto que sólo a ella de toda la ciudad he sorprendido abiertamente en actitud de desobediencia. Y no voy a presentarme a mí mismo ante la ciudad como un embustero, sino que le haré dar muerte.

¡Que invoque por ello a Zeus protector de la familia! Pues si voy a tolerar que los que por su nacimiento son mis parientes alteren el orden, ¡cuánto más lo haré con los que no son de mi familia! Quien con los asuntos de la casa es persona intachable también se mostrará justo en la ciudad. Y quien[33], habiendo transgredido las leyes, las rechaza o piensa dar órdenes a los que tienen el poder, no es posible que alcance mi aprobación.

Al que la ciudad designa se le debe obedecer en lo pequeño, en lo justo y en lo contrario[34]. Yo tendría confianza en que este hombre gobernara rectamente en tanto en cuanto quisiera ser justamente gobernado y permanecer en el fragor de la batalla en su puesto, como un leal y valiente soldado. No existe un mal ma-

[32] Es frecuente el juicio negativo acerca de la mujer en la literatura griega. Podemos comparar los consejos de HESÍODO acerca de la elección de mujer (*Trabajos* 373). El mismo tono encontramos en los líricos (SIMÓNIDES, 8; ESQUILO, *Siete contra Tebas* 187-188; EURÍPIDES, *Hipólito* 616 y sigs.).

[33] Sigo el orden de los manuscritos y no el que sigue la edición de PEARSON.

[34] Eufemismo, por no citar la palabra «injusto», pudor explicable en boca de un tirano en un parlamento ante sus súbditos.

yor que la anarquía. Ella destruye las ciudades, deja los hogares desolados. Ella es la que rompe las líneas y provoca la fuga de la lanza aliada. La obediencia, en cambio, salva gran número de vidas entre los que triunfan.

Y, así, hay que ayudar a los que dan las órdenes y en modo alguno dejarse vencer por una mujer. Mejor sería, si fuera necesario, caer ante un hombre, y no seríamos considerados inferiores a una mujer.

CORIFEO. — A nosotros, si no estamos engañados a causa de nuestra edad, nos parece que hablas con sensatez en lo que estás diciendo.

HEMÓN. — Padre, los dioses han hecho engendrar la razón en los hombres como el mayor de todos los bienes que existen. Que no hablas tú estas palabras con razón ni sería yo capaz de decirlo ni sabría. Sin embargo, podría suceder que también en otro aspecto tuviera yo razón. A ti no te corresponde cuidar de todo cuanto alguien dice, hace o puede censurar [35]. Tu rostro resulta terrible al hombre de la calle, y ello en conversaciones tales que no te complacerías en escucharlas. Pero a mí, en la sombra, me es posible oír cómo la ciudad se lamenta por esta joven, diciendo que, siendo la que menos lo merece de todas las mujeres, va a morir de indigna manera por unos actos que son los más dignos de alabanza: por no permitir que su propio hermano, caído en sangrienta refriega, fuera exterminado, insepulto, por carniceros perros o por algún ave rapaz. «¿Es que no es digna de obtener una estimable recompensa?» Tal oscuro rumor se difunde con sigilo.

Para mí, sin embargo, no existe ningún bien más preciado que tu felicidad. Pues, ¿qué honor es para los

[35] La versión que acepta P. Mazon: *soû d'oûn péphyka*, nos daría otra interpretación: «Yo he nacido de ti para cuidar por ti en todo cuanto alguien dice, etc.».

hijos mayor que la buena fama de un padre cuando está en plenitud de bienestar, o qué es más importante para un padre que lo que viene de los hijos? No mantengas en ti mismo sólo un punto de vista: el de que lo que tú dices y nada más es lo que está bien. Pues los que creen que únicamente ellos son sensatos o que poseen una lengua o una inteligencia cual ningún otro, éstos, cuando quedan al descubierto, se muestran vacíos.

Pero nada tiene de vergonzoso que un hombre, aunque sea sabio, aprenda mucho y no se obstine en demasía. Puedes ver a lo largo del lecho de las torrenteras que, cuantos árboles ceden, conservan sus ramas, mientras que los que ofrecen resistencia son destrozados desde las raíces. De la misma manera el que tensa fuertemente las escotas de una nave sin aflojar nada, después de hacerla volcar, navega el resto del tiempo con la cubierta invertida.

Así que haz ceder tu cólera y consiente en cambiar. Y si tengo algo de razón —aunque sea más joven—, afirmo que es preferible con mucho que el hombre esté por naturaleza completamente lleno de sabiduría. Pero, si no lo está —pues no suele inclinarse la balanza a este lado—, es bueno también que aprenda de los que hablan con moderación.

CORIFEO. — Señor, es natural que tú aprendas lo que diga de conveniente, y tú, por tu parte, lo hagas de él. Razonablemente se ha hablado por ambas partes.

CREONTE. — ¿Es que entonces los que somos de mi edad vamos a aprender a ser razonables de jóvenes de la edad de éste?

HEMÓN. — Nada hay que no sea justo en ello. Y, si yo soy joven, no se debe atender tanto a la edad como a los hechos.

CREONTE. — ¿Te refieres al hecho de dar honra a los que han actuado en contra de la ley?

Hemón. — No sería yo quien te exhortara a tener consideraciones con los malvados[36].

Creonte. — ¿Y es que ella no está afectada por semejante mal?

Hemón. — Todo el pueblo de Tebas afirma que no.

Creonte. — ¿Y la ciudad va a decirme lo que debo hacer?

Hemón. — ¿Te das cuenta de que has hablado como si fueras un joven?

Creonte. — ¿Según el criterio de otro, o según el mío, debo yo regir esta tierra?

Hemón. — No existe ciudad que sea de un solo hombre.

Creonte. — ¿No se considera que la ciudad es de quien gobierna?

Hemón. — Tú gobernarías bien, en solitario, un país desierto.

Creonte. — Éste, a lo que parece, se ha aliado con la mujer.

Hemón. — Sí, si es que tú eres una mujer. Pues me estoy interesando por ti.

Creonte. — ¡Oh malvado! ¿A tu padre vas con pleitos?

Hemón. — Es que veo que estás equivocando lo que es justo.

Creonte. — ¿Yerro cuando hago respetar mi autoridad?

Hemón. — No la haces respetar, al menos despreciando honras debidas a los dioses.

Creonte. — ¡Oh temperamento infame sometido a una mujer!

Hemón. — No podrías sorprenderme dominado por acciones vergonzosas.

[36] En veladas palabras notamos la diferente consideración que merece Antígona a Creonte y a Hemón.

Creonte. — Todo lo que estás diciendo, en verdad, es en favor de aquélla.

Hemón. — Y de ti, y de mí, y de los dioses de abajo.

Creonte. — A ésa no es posible que, aun viva, la desposes.

Hemón. — Va a morir, ciertamente, y en su muerte arrastrará a alguien.

Creonte. — ¿Es que con amenazas me haces frente, osado?[37].

Hemón. — ¿Qué amenaza es hablar contra razones sin fundamento?

Creonte. — Llorando vas a seguir dándome lecciones de sensatez, cuando a ti mismo te falta.

Hemón. — Si no fueras mi padre, diría que no estás en tu sano juicio.

Creonte. — No me canses con tu charla, tú, el esclavo de una mujer.

Hemón. — ¿Pretendes decir algo y, diciéndolo, no escuchar nada?

Creonte. — ¿De veras? Pero, ¡por el Olimpo!, entérate bien, no me ofenderás impunemente con tus reproches. *(Dirigiéndose a los servidores.)* Traed a ese odioso ser para que, a su vista, cerca de su prometido, al punto muera.

Hemón. — No, por cierto, no lo esperes. Ella no morirá cerca de mí, y tú jamás verás mi rostro con tus ojos. ¡Muestra tu locura relacionándote con los amigos que lo consientan!

(Sale precipitadamente.)

Corifeo. — Se ha marchado, rey, presuroso a causa de la cólera. Un corazón que a esa edad sufre es terrible.

[37] Creonte interpreta que Hemón se refiere a él al utilizar el indefinido «alguien», cuando, en realidad, tras el pronombre se encuentra el propio Hemón, como el espectador sabe.

CREONTE. — ¡Que actúe! ¡Que se vaya haciendo proyectos por encima de lo que es humano! Pero a estas dos muchachas no las liberará de su destino.

CORIFEO. — ¿Piensas, pues, dar muerte a las dos?

CREONTE. — No a la que no ha intervenido. En eso hablas con razón.

CORIFEO. — ¿Y con qué clase de muerte has decidido matarla?

CREONTE. — La llevaré allí donde la huella de los hombres esté ausente y la ocultaré viva en una pétrea caverna [38], ofreciéndole el alimento justo, para que sirva de expiación sin que la ciudad entera quede contaminada [39]. Así, si suplica a Hades —único de los dioses a quien venera—, alcanzará el no morir, o se dará cuenta, por lo menos en ese momento, que es trabajo inútil ser respetuoso con los asuntos del Hades. *(Entra en palacio.)*

CORO.

Estrofa.

Eros, invencible en batallas, Eros que te abalanzas sobre nuestros animales [40], *que estás apostado en las*

[38] El tipo de cámara sepulcral, supuesto por Sófocles al hacerle decir a Creonte estas palabras, es el de unas tumbas artificiales excavadas en las rocas que bordean la llanura tebana. Este tipo está, tal vez, mejor representado en las tumbas de piedra descubiertas en Nauplia y en alguna zona del Ática, que consistían en cámaras dispuestas horizontalmente en la roca a las que se llegaba por un corredor que puede responder al que Creonte y sus hombres tienen que atravesar antes de acceder a la abertura de la tumba (cf. v. 1216).

[39] Creonte había anunciado que el que transgrediera la ley sería lapidado (v. 36). Ahora vemos que ha cambiado la decisión por la de dejarla morir de inanición, para evitar la violencia física y hacer que la muerte tuviera el aspecto de algo natural y no obra de un hombre.

[40] He traducido «animales» y no «posesiones», como sería más común, para dar crédito al comentario de P. Mazon a este

delicadas mejillas de las doncellas. Frecuentas los caminos del mar y habitas en las agrestes moradas, y nadie, ni entre los inmortales ni entre los perecederos hombres, es capaz de rehuirte, y el que te posee está fuera de sí.

Antístrofa.

Tú arrastras las mentes de los justos al camino de la injusticia para su ruina. Tú has levantado en los hombres esta disputa entre los de la misma sangre. Es clara la victoria del deseo que emana de los ojos de la joven desposada [41], *del deseo que tiene su puesto en los fundamentos de las grandes instituciones. Pues la divina Afrodita de todo se burla invencible.*

(Entra Antígona conducida por esclavos.)

También yo ahora me veo impelido a alejarme ya de las leyes [42] *al ver esto, y ya no puedo retener los torrentes de lágrimas cuando veo que aquí llega Antígona para dirigirse al lecho, que debía ser nupcial, donde todos duermen.*

Estrofa 1.ª

ANTÍGONA. — *Vedme, ¡oh ciudadanos de la tierra patria!, recorrer el postrer camino y dirigir la última mirada a la claridad del sol. Nunca habrá otra vez. Pues*

pasaje. Afirma que la palabra *ktémata* puede designar también «rebaño», según el lenguaje popular, y que este uso aún se conserva en algunas regiones campesinas de la actual Grecia. De ahí pudo haberlo tomado Sófocles. Así se favorece la antítesis del comportamiento del amor en las bestias y del amor delicado que brota entre los humanos ante la belleza del rostro de las doncellas.

[41] PLATÓN, en *Fedro* 251 *b*, describe el amor como el deseo infundido en el alma por una emanación de la belleza que procede del ser querido y que se recibe a través de los ojos del amante. También está recogido en SÓFOCLES, frs. 161, 733 y 430, y en ESQUILO, *Agamenón* 742, y *Suplicantes* 1004.

[42] Las leyes que ha dictado Creonte.

Hades, el que a todos acoge, me lleva viva a la orilla del Aqueronte[43] *sin participar del himeneo y sin que ningún himno me haya sido cantado delante de la cámara nupcial, sino que con Aqueronte celebraré mis nupcias.*

CORIFEO. — *Famosa, en verdad, y con alabanza te diriges hacia el antro de los muertos, no por estar afectada de mortal enfermedad, ni por haber obtenido el salario de las espadas, sino que tú, sola entre los mortales, desciendes al Hades viva y por tu propia voluntad.*

Antístrofa 1.ª

ANTÍGONA. — *Oí que de la manera más lamentable pereció la extranjera frigia, hija de Tántalo*[44], *junto a la cima del Sípilo: la mató un crecimiento de las rocas a modo de tenaz hiedra. Y a ella, a medida que se va consumiendo, ni las lluvias ni la nieve la abandonan, según cuentan los hombres. Y se empapan las mejillas bajo sus ojos que no dejan de llorar*[45]. *El destino me adormece de modo muy semejante a ella.*

CORIFEO. — *Pero era una diosa y del linaje de los dioses, mientras que nosotros somos mortales y de linaje mortal. Sin embargo, aun muriendo es glorioso oír decir que has alcanzado un destino compartido con los dioses en vida y, después, en la muerte.*

[43] Río que han de atravesar las almas de los muertos en el mundo subterráneo antes de llegar al Hades.

[44] Antígona trae a su recuerdo la historia de Níobe (cf. *Electra*, nota 10), con la que quiere identificarse: la roca en la que Níobe fue convertida la compara a su propia tumba en la roca; las dos están en el esplendor de su vitalidad cuando van al encuentro de su trágico destino. En ello encuentra el Coro un argumento de consolación, haciéndole concebir la esperanza de alcanzar fama después de la muerte.

[45] Una roca de formas semejantes a las humanas hace que se utilicen términos de la anatomía del rostro, favorecido porque la palabra *deirádas* significa tanto «laderas», como «mejillas».

Estrofa 2.ª

ANTÍGONA. — *¡Ay de mí! Me tomas a risa. ¿Por qué, por los dioses paternos, no me ultrajas cuando me haya marchado, sino que lo haces en mi presencia? ¡Oh ciudad! ¡Oh varones opulentos de la ciudad! ¡Ah fuentes Dirceas y bosque sagrado de Tebas, la de los bellos carros! A vosotros os tomo por testigos de cómo, sin lamentos de los míos y por qué clase de leyes, me dirijo hacia un encierro que es un túmulo excavado de una imprevista tumba. ¡Ay de mí, desdichada, que no pertenezco a los mortales ni soy una más entre los difuntos, que ni estoy con los vivos ni con los muertos!*

CORO. — *Llegando a las últimas consecuencias de tu arrojo, has chocado con fuerza contra el elevado altar de la Justicia, oh hija. Estás vengando alguna prueba paterna.*

Antístrofa 2.ª

ANTÍGONA. — *Has nombrado las preocupaciones que me son más dolorosas, el lamento tres veces renovado por mi padre y por todo nuestro destino de ilustres Labdácidas. ¡Ah, infortunios que vienen del lecho materno y unión incestuosa de mi desventurada madre con mi padre, de la cual, desgraciada de mí, un día nací yo! Junto a ellos voy a habitar, maldita, sin casar. ¡Ah, hermano, qué desgraciadas bodas*[46] *encontraste, ya que, muerto, me matas a mí, aún con vida!*

CORO. — *Ser piadoso es una cierta forma de respeto, pero de ninguna manera se puede transgredir la autoridad de quien regenta el poder. Y, en tu caso, una pasión impulsiva te ha perdido.*

[46] El matrimonio de Polinices con Argía, hija de Adrasto, rey de Argos, supuso la alianza con los argivos y, por tanto, la invasión de Tebas.

Epodo.

ANTÍGONA. — *Sin lamentos, sin amigos, sin cantos de himeneo soy conducida, desventurada, por la senda dispuesta. Ya no me será permitido, desdichada, contemplar la visión del sagrado resplandor, y ninguno de los míos deplora mi destino, un destino no llorado.*

(Creonte sale del palacio.)

CREONTE. — ¿Es que no sabéis que, si fuera menester, nadie cesaría de cantar o de gemir ante la muerte? Llevadla cuanto antes y, tras encerrarla en el abovedado túmulo —como yo tengo ordenado—, dejadla sola, bien para que muera, bien para que quede enterrada viva en semejante morada. Nosotros estamos sin mancilla en lo que a esta muchacha se refiere. En verdad que será privada de residencia a la luz del sol.

ANTÍGONA. — ¡Oh tumba, oh cámara nupcial, oh habitáculo bajo tierra que me guardará para siempre, adonde me dirijo al encuentro con los míos, a un gran número de los cuales, muertos, ha recibido ya Perséfone! [47]. De ellos yo desciendo la última y de la peor manera con mucho, sin que se haya cumplido mi destino en la vida.

Sin embargo, al irme, alimento grandes esperanzas de llegar querida para mi padre y querida también para ti, madre, y para ti, hermano, porque, cuando vosotros estabais muertos, yo con mis manos os lavé y os dispuse todo y os ofrecí las libaciones sobre la tumba. Y ahora, Polinices, por ocultar tu cuerpo, consigo semejante trato. Pero yo te honré debidamente en opinión de los sensatos. Pues nunca, ni aunque hubiera sido madre de hijos, ni aunque mi esposo muerto se estuviera corrompiendo, hubiera tomado sobre mí esta tarea en contra de la voluntad de los ciudadanos.

¿En virtud de qué principio hablo así? Si un esposo

[47] Mujer de Hades y, por tanto, diosa de los muertos.

se muere, otro podría tener, y un hijo de otro hombre si hubiera perdido uno, pero cuando el padre y la madre están ocultos en el Hades no podría jamás nacer un hermano. Y así, según este principio, te he distinguido yo entre todos con mis honras, que parecieron a Creonte una falta y un terrible atrevimiento, oh hermano.

Y ahora me lleva, tras cogerme en sus manos, sin lecho nupcial, sin canto de bodas, sin haber tomado parte en el matrimonio ni en la crianza de hijos, sino que, de este modo, abandonada por los amigos, infeliz, me dirijo viva hacia los sepulcros de los muertos. ¿Qué derecho de los dioses he transgredido? ¿Por qué tengo yo, desventurada, que dirigir mi mirada ya hacia los dioses? ¿A quién de los aliados me es posible apelar? Porque con mi piedad he adquirido fama de impía. Pues bien, si esto es lo que está bien entre los dioses, después de sufrir, reconoceré que estoy equivocada. Pero si son éstos los que están errados, ¡que no padezcan sufrimientos peores que los que ellos me infligen injustamente a mí!

CORIFEO. — *Aún dominan su alma las mismas ráfagas de idénticos vientos.*

CREONTE. — *Precisamente por eso habrá llanto para los que la conducen, a causa de su lentitud.*

CORIFEO. — *¡Ay! Estas palabras llegan muy cercanas a la muerte.*

CREONTE. — *No te puedo animar a que confíes en que esto no se va a cumplir para ella.*

ANTÍGONA. — *¡Oh ciudad paterna del país de Tebas! ¡Oh dioses creadores de nuestro linaje! Soy arrastrada y ya no puedo aplazarlo. Mirad vosotros, príncipes de Tebas, a la única que queda de las hijas de los reyes* [48]*, cómo sufro y a manos de quiénes por guardar el debido respeto a la piedad.*

[48] Evita hablar de Ismene.

(Sale Antígona de la escena conducida por los guardas. Creonte entra en el palacio.)

CORO [49].

Estrofa 1.ª

También Dánae [50] *soportó renunciar a la luz del cielo a cambio de broncínea prisión y, oculta en la sepulcral morada, se vio uncida al yugo. Y, sin embargo, era también noble por su nacimiento —¡oh hija, hija!— y conservaba el fruto de Zeus nacido de la lluvia. Pero lo dispuesto por el destino es una terrible fuerza. Ni la felicidad, ni Ares, ni las fortalezas, ni las negras naves azotadas por el mar podrían rehuirla.*

Antístrofa 1.ª

Fue subyugado también el irascible hijo de Driante [51], *rey de los Edones, por los injuriosos arrebatos de*

[49] Aporto aquí la interpretación que de este estásimo hace I. ERRANDONEA, *Sófocles. Investigaciones sobre la estructura dramática de sus siete tragedias y sobre la personalidad de sus coros*, Madrid, 1958, cap. III. Cree que aquí el Coro predice, veladamente a causa de la presencia de Creonte, lo que va a suceder a toda la familia. A Antígona alude bajo la figura de Dánae, a Creonte y Hemón bajo la de Licurgo y su hijo, y a la reina Eurídice bajo la de Cleopatra.

[50] Dánae es hija de Acrisio, rey de Argos a quien el dios le había profetizado que el hijo que tuviera Dánae le causaría la muerte. Asustado ante esta amenaza, mandó construir una cámara subterránea de bronce donde recluyó a su hija. Pese a ello, Zeus la fecundó descendiendo en forma de lluvia de oro, y ella dio a luz un hijo, Perseo. Este tema había sido tratado por Sófocles en dos tragedias tituladas *Dánae* y *Acrisio*, y por Eurípides, en su *Dánae*.

[51] Licurgo, rey de los edonios de Tracia, se oponía al culto de Dioniso en su tierra y fue enloquecido por el dios. En este estado cometió violentos hechos, entre ellos dar muerte a su propio hijo confundiéndolo con una vid. Por último, los edonios lo encerraron prisionero en una gruta en el monte Pangeo por mandato de un oráculo (APOLODORO, III 5, 1). Hay otras versiones de los hechos. Esquilo trató el tema en su trilogía *Licurgía*.

cólera, por orden de Dioniso encerrado en una pétrea prisión. Y así se va extinguiendo el furor desatado y terrible de su locura. Y se dio cuenta de que atacaba al dios en su locura con mordaces palabras. Pues pretendía detener a las mujeres poseídas por el dios y el fuego del evohé [52], *y provocaba a las Musas amigas de las flautas.*

Estrofa 2.ª

Junto a las rocas Cianeas, en el doble mar [53], *están las costas del Bósforo y el litoral tracio, y Salmideso, donde Ares, cercano a la ciudad, vio inferir una abominable herida que dejó ciegos a los dos hijos de Fineo a manos de su violenta esposa, herida que quitó la vista de los ojos, golpeados en las cuencas —que ahora claman venganza— por ensangrentadas manos y con agujas de lanzadera* [54].

Antístrofa 2.ª

Se consumían, infortunados, en infortunada prueba, y se lamentaban por tener su origen en un desgraciado casamiento de su madre. Ella por su linaje se remontaba a los primitivos Erectidas [55], *y fue criada en lejanas grutas, en medio de vendavales paternos, la hija de Bóreas, rápida como un corcel al correr por encima*

[52] Las antorchas que llevaban las bacantes cuando en procesión proferían los gritos rituales.

[53] Las «Rocas sombrías» estaban situadas, según la leyenda, a la entrada del Helesponto, marcando la división entre el mar Negro y el mar de Mármara o Propóntide.

[54] Fineo, rey de Salmideso, casó en primeras nupcias con Cleopatra, hija de Bóreas, de la que tuvo dos hijos. Tras repudiarla, Fineo volvió a casarse con Idea o Idótea. Ésta, con sus intrigas, logró que les fueran arrancados los ojos a los niños. Este tema lo había tratado ya Sófocles en sus dos *Fineos*.

[55] La madre de Cleopatra, Oritía, era hija de Erecteo, mítico fundador de la ciudad de Atenas.

de escarpadas rocas; pero también a ella la atacaron las Moiras inmortales, oh hija.

(Entra Tiresias, el adivino ciego, guiado por un niño.)

Tiresias. — Príncipes de Tebas, por un camino común hemos venido dos que ven por uno solo [56]. Pues para los ciegos el camino es posible gracias al guía.

(Sale Creonte.)

Creonte. — ¿Qué nuevas hay, oh anciano Tiresias?

Tiresias. — Yo te las revelaré y tú obedece al adivino.

Creonte. — Hasta ahora, en verdad, no me he apartado de tu buen juicio.

Tiresias. — Y así has dirigido el timón de esta ciudad por la recta senda.

Creonte. — Puedo atestiguar que he experimentado provecho.

Tiresias. — Sé consciente de que estás yendo en esta ocasión sobre el filo del destino.

Creonte. — ¿Qué ocurre? ¡Cómo tiemblo ante tus palabras!

Tiresias. — Lo sabrás si escuchas los indicios de mi arte. Cuando estaba sentado en el antiguo asiento destinado a los augures, donde se me ofrece el lugar de reunión de toda clase de pájaros, escuché un sonido indescifrable de aves que piaban con una excitación ininteligible y de mal agüero. Me di cuenta de que unas a otras se estaban despedazando sangrientamente con sus garras, pues el alboroto de sus alas era claro.

Temeroso, me dispuse al punto a probar con los sacrificios de fuego sobre altares totalmente ardientes [57]. Pero de las ofrendas no salía el resplandor de

[56] Alusión al lazarillo, que también encontramos en *Edipo en Colono* 33 y 867.

[57] El aceite se extendía por todo el altar en torno a las ofrendas y se prendía en varios puntos. Las ofrendas consistían

Hefesto, sino que la grasa de los muslos, después de gotear sobre la ceniza, se consumía, se llenaba de humo y salpicaba. Las bolsas de hiel se esparcían por los aires, y los muslos se desprendían y quedaban libres de la grasa que les cubría. De este muchacho aprendí tales cosas: que no se obtenían presagios de ritos confusos, pues él es para mí guía como yo soy para los demás.

La ciudad sufre estas cosas a causa de tu decisión. En efecto, nuestros altares públicos y privados, todos ellos, están infectados por el pasto obtenido por aves y perros del desgraciado hijo de Edipo que yace muerto. Y, por ello, los dioses no aceptan ya de nosotros súplicas en los sacrificios, ni fuego consumiendo muslos de víctimas; y los pájaros no hacen resonar ya sus cantos favorables por haber devorado grasa de sangre de un cadáver.

Recapacita, pues, hijo, ya que el equivocarse es común para todos los hombres, pero, después que ha sucedido, no es hombre irreflexivo ni desdichado aquel que, caído en el mal, pone remedio y no se muestra inflexible. La obstinación, ciertamente, incurre en insensatez. Así que haz una concesión al muerto y no fustigues a quien nada es ya. ¿Qué prueba de fuerza es matar de nuevo al que está muerto? Por tenerte consideración te doy buenos consejos. Muy grato es aprender de quien habla con razón, si ha de reportar provecho.

Creonte. — ¡Oh anciano! Todos, cual arqueros, disparáis vuestras flechas contra mí como contra un blanco, y no estoy libre de intrigas para vosotros ni por parte de la mántica. Desde hace tiempo soy vendido

en los huesos de las reses, especialmente los muslos, con algo de carne adherida a ellos y recubiertos de grasa.

y tratado como una mercancía por la casta de éstos[58]. Lucraos, comprad el ámbar de Sardes, si queréis, y el oro de India, que no pondréis en la sepultura a aquél, ni aunque, apoderándose de él, quisieran llevárselo como pasto las águilas de Zeus junto al trono del dios. Ni en ese caso, por temor a esta impureza, yo permitiré que enterréis a aquél. Sé muy bien que ningún mortal tiene fuerza para contaminar a los dioses. Pero, ¡oh anciano Tiresias!, los hombres más hábiles caen en vergonzosas caídas, cuando por una ganancia intentan embellecer, con sus palabras, vergonzosas razones.

TIRESIAS. — ¡Ay! ¿Acaso sabe alguien, ha considerado...?

CREONTE. — ¿Qué cosa? ¿A qué te refieres tan común para todos?

TIRESIAS. — ... que la mejor de las posesiones es la prudencia?

CREONTE. — Tanto como, en mi opinión, el no razonar es el mayor perjuicio.

TIRESIAS. — Tú, no obstante, estás lleno de este mal.

CREONTE. — No quiero contestar con malas palabras al adivino.

TIRESIAS. — Pues lo estás haciendo, si dices que yo vaticino en falso.

CREONTE. — Toda la raza de los adivinos está apegada al dinero.

TIRESIAS. — Y la de los tiranos lo está a la codicia.

CREONTE. — ¿Es que no sabes que te estás refiriendo a los que son tus jefes?

TIRESIAS. — Lo sé. Por mí has salvado a esta ciudad.

CREONTE. — Tú eres un sabio adivino, pero amas la injusticia.

---

[58] Por la casta de los adivinos, a los que Creonte supone que han sobornado los tebanos para asustarle.

TIRESIAS. — Me impulsarás a decir lo que no debe salir de mi pecho.

CREONTE. — Sácalo, sólo en el caso de que no hables por dinero.

TIRESIAS. — ¿Ésa es la impresión que te doy, cuando sólo procuro por ti?

CREONTE. — Entérate de que no compraréis mi voluntad.

TIRESIAS. — Y tú, por tu parte, entérate también de que no se llevarán ya a término muchos rápidos giros solares antes de que tú mismo seas quien haya ofrecido, en compensación por los muertos[59], a uno nacido de tus entrañas a cambio de haber lanzado a los infiernos a uno de los vivos, habiendo albergado indecorosamente a un alma viva en la tumba, y de retener aquí, privado de los honores, insepulto y sacrílego, a un muerto que pertenece a los dioses infernales. Estos actos ni a ti te conciernen ni a los dioses de arriba, a los que estás forzando con ello.

Por ello, las destructoras y vengadoras Erinias del Hades y de los dioses te acecharán para prenderte en estos mismos infortunios. Considera si hablo sobornado. Pues se harán manifiestos, sin que pase mucho tiempo, lamentos de hombres y mujeres en tu casa. Están unidas contra ti en una alianza de enemistad todas las ciudades cuyos cadáveres despedazados encontraron enterramiento en perros o fieras, o en cualquier alado pajarraco que transporte el hedor impuro por los altares de la ciudad.

Tales son las certeras flechas que —pues me ofendes— he disparado contra ti como un arquero airado, y tú no podrás escapar a su ardor *(Al esclavo.)* Muchacho, condúceme hacia casa, para que éste descargue su

---

[59] De Antígona y de Polinices.

cólera contra los más jóvenes y advierta que hay que mantener la lengua más callada y, en su pecho, un pensamiento mejor que los que ahora arrastra.

CORIFEO. — El adivino se va, rey, tras predecirnos terribles cosas. Y sabemos, desde que yo tengo cubiertos éstos mis cabellos, antes negros, de blanco, que él nunca anunció una falsedad a la ciudad.

CREONTE. — También yo lo sé y estoy turbado en mi ánimo. Es terrible ceder, pero herir mi alma con una desgracia por oponerme es terrible también.

CORIFEO. — Necesario es ser prudente, hijo de Meneceo.

CREONTE. — ¿Qué debo hacer? Dime. Yo te obedeceré.

CORIFEO. — Ve y saca a la muchacha de la morada subterránea. Y eleva un túmulo para el que yace muerto.

CREONTE. — ¿Me aconsejas así y crees que debo concederlo?

CORIFEO. — Y cuanto antes, señor. Pues los daños que mandan los dioses alcanzan pronto a los insensatos.

CREONTE. — ¡Ay de mí! ¡Con trabajo desisto de mi orden, pero no se debe luchar en vano contra el destino!

CORIFEO. — Ve ahora a hacerlo y no lo encomiendes a otros.

CREONTE. — Así, tal como estoy, me marcharé. Ea, ea, servidores, los que estáis y los ausentes, coged en las manos hachas y lanzaos hacia aquel lugar que está a la vista [60]. Mientras que yo, ya que he cambiado mi decisión a ese respecto, igual que la encarcelé, del mismo modo estaré presente para liberarla. Temo que lo me-

[60] Creonte señala, al hablar, hacia la parte donde yacía el cuerpo de Polinices, no lejos de la cueva donde ha sido recluida Antígona.

jor sea cumplir las leyes establecidas por los dioses mientras dure la vida.

CORO.

Estrofa 1.ª

¡Oh dios!, el de las numerosas advocaciones, gloria de la joven desposada cadmea [61] *e hijo de Zeus el que emite sordos truenos, tú que proteges la ilustre Italia* [62] *y reinas en los valles frecuentados de la eleusina Deo* [63], *¡oh Baco!, que habitas Tebas, ciudad madre* [64] *de las Bacantes situada al borde de las fluidas aguas del Ismeno y sobre la semilla del fiero dragón* [65].

Antístrofa 2.ª

La llama humeante que brilla cual relámpago te ha visto sobre la doble cima de la roca [66], *donde se dirigen las ninfas Coricias, tus Bacantes. Te han visto también las aguas de Castalia* [67]. *A ti, los ribazos cubiertos de hiedra de los montes Niseos* [68] *y la verde costa de abundantes viñedos te envían, mientras resuenan divinos cantos con el grito del evohé, a inspeccionar las calles tebanas.*

[61] La joven desposada es Sémele, hija de Cadmo y madre de Baco, que murió fulminada por el rayo de Zeus cuando éste, a petición de la joven, se le presentó dotado de sus atributos. Éste fue el resultado de la estratagema de Hera, que quería vengarse de Sémele.

[62] La Magna Grecia.

[63] Deo es otro nombre de Deméter.

[64] Se la llama así por ser la ciudad de Sémele y la primera ciudad donde se estableció el culto a Dioniso, que venía de Tracia. Desde Tebas pasó a Delfos, donde se asoció al culto de Apolo.

[65] Véase nota 9.

[66] El Parnaso. En las laderas del Helicón moraban las Musas, y en las mismas laderas, cerca de la gruta Coricia y la fuente Castalia, danzaban las Bacantes.

[67] Fuente sagrada en Delfos.

[68] Véase *Ayax*, nota 70.

Estrofa 2.ª

Tebas, a la que honras por encima de todas las ciudades, junto con tu madre, la destruida por el rayo. Y ahora, cuando la ciudad entera está sumida en violento mal, ven con paso expiatorio por encima de la pendiente del Parnaso o del resonante estrecho[69].

Antístrofa 2.ª

¡Ah, tú que organizas los coros de los astros que exhalan fuego, guardián de las voces nocturnas, hijo retoño de Zeus, hazte visible, oh señor, a la vez que tus servidoras las Tiíades[70]*, que, transportadas, te festejan con danzas toda la noche, a ti, Yaco*[71]*, el administrador de bienes!*

(Llega un mensajero.)

MENSAJERO. — Vecinos del palacio de Cadmo y de Anfión[72], no existe vida humana que, por estable, yo pudiera aprobar ni censurar. Pues la fortuna, sin cesar, tanto levanta al que es infortunado como precipita al afortunado, y ningún adivino existe de las cosas que están dispuestas para los mortales. Creonte, en efecto, fue envidiable en un momento, según mi criterio, porque había liberado de sus enemigos a esta tierra cadmea y había adquirido la absoluta soberanía del país. Lo gobernaba mostrándose feliz con la noble descendencia de sus hijos.

Ahora todo ha desaparecido. Pues, cuando los hombres renuncian a sus satisfacciones, no tengo esto por

[69] Estrecho de Euripo, al E., entre Eubea y Beocia.

[70] Las Ménades o «mujeres posesas» son las bacantes que siguen a Dioniso. Personifican los espíritus orgiásticos de la naturaleza.

[71] Yaco, dios que preside la procesión de los misterios de Eleusis, compañero de Deméter y Core. Aquí el nombre de Yaco parece referirse al propio Baco como un epíteto.

[72] Anfión, junto con su hermano Zeto, reyes de Tebas, construyeron las murallas de la ciudad.

vida: antes bien lo considero un cadáver que alienta. Hazte muy rico en tu casa, si quieres, y vive con el boato de un rey, que, si de ello está ausente el gozo, no le compraría yo a este hombre todo lo demás por la sombra del humo, en lugar de la alegría.

CORIFEO. — ¿Con qué nueva desgracia de los reyes nos llegas?

MENSAJERO. — Han muerto, y los que están vivos son culpables de la muerte.

CORIFEO. — Y, ¿quién es el que ha matado? ¿Quién el que está muerto? Habla.

MENSAJERO. — Hemón ha muerto. Su propia sangre le ha matado.

CORIFEO. — ¿Acaso a manos de su padre o de las suyas propias?

MENSAJERO. — Él en persona, por sí mismo, como reproche a su padre por el asesinato.

CORIFEO. — ¡Oh adivino! ¡Cuán exactamente has acertado en tu profecía!

MENSAJERO. — Ya que están así las cosas, queda tomar una decisión sobre lo demás.

CORIFEO. — Veo a Eurídice, la infortunada esposa de Creonte. Sale de palacio, porque ha oído hablar de su hijo o bien por azar.

EURÍDICE. — ¡Oh ciudadanos todos! He oído vuestras palabras cuando me dirigía hacia la puerta para llegarme a invocar a la diosa Palas con plegarias. En el momento en que estaba soltando los cerrojos de la puerta, al tiempo que la abría hacia mí, me llega a los oídos el rumor de una desgracia que me afecta. Presa de temor, me caigo de espaldas en brazos de las criadas y me desvanezco. Pero, sea cual sea la noticia, decidla de nuevo. Pues la escucharé como quien está avezado a las desgracias.

MENSAJERO. — Yo, querida dueña, por estar presente

hablaré y no omitiré nada que sea verdad. Pues, ¿por qué iba yo a mitigarte cosas por las que más adelante quedaríamos como mentirosos? La verdad prevalece siempre. Yo acompañé en calidad de guía a tu esposo hasta lo alto de la llanura, donde yacía aún destrozado por los perros, sin obtener compasión, el cuerpo de Polinices.

Después de suplicar a la diosa protectora del camino [73] y a Plutón que contuvieran su cólera y resultaran benévolos, y tras lavarle con agua purificada, entre todos quemamos con ramas recién cortadas lo que había quedado de él y levantamos un elevado túmulo de tierra materna. A continuación nos introducimos en la pétrea gruta, cámara nupcial de Hades para la muchacha. Alguien oye desde lejos un sonido de agudos plañidos en torno al tálamo privado de ritos funerarios, y, acercándose, lo hace notar al rey Creonte. Éste, al aproximarse más aún, escucha también confusos gemidos de un funesto clamor y, entre lamentos, lanza estas desgarradoras palabras: «¡Ay, infortunado de mí! ¿Soy acaso un adivino? ¿Estoy recorriendo tal vez el más desdichado camino de los que he recorrido? La voz de mi hijo me recibe. Ea, criados, llegaos más cerca rápidamente y, una vez que os coloquéis junto a la tumba, mirad, introduciéndoos en el mismo orificio por la abertura producida al apartar la piedra del túmulo, si estoy escuchando la voz de Hemón o si estoy engañado por los dioses.»

Miramos, según nos lo ordenaba nuestro abatido dueño, y vimos a la joven en el extremo de la tumba colgada por el cuello, suspendida con un lazo hecho del hilo de su velo, y a él, adherido a ella, rodeándola por

[73] Hécate, diosa de los caminos que preside la magia y los hechizos. Recibe culto en las encrucijadas, y tenía muchas estatuas dedicadas a ella en los campos.

la cintura en un abrazo, lamentándose por la pérdida de su prometida muerta por las decisiones de su padre, y sus amargas bodas.

Creonte, cuando le vio, lanzando un espantoso gemido, avanza al interior a su lado y le llama prorrumpiendo en sollozos: «Oh desdichado, ¿qué has hecho? ¿Qué resolución has tomado? ¿En qué clase de desastre has sucumbido? Sal, hijo, te lo pido en actitud suplicante.» Pero el hijo, mirándole con fieros ojos, le escupió en el rostro y, sin contestarle, tira de su espada de doble filo. No alcanzó a su padre, que había dado un salto hacia delante para esquivarlo. Seguidamente, el infortunado, enfurecido consigo mismo como estaba, echó los brazos hacia adelante y hundió en su costado la mitad de su espada. Aún con conocimiento, estrecha a la muchacha en un lánguido abrazo y, respirando con esfuerzo, derrama un brusco reguero de gotas de sangre sobre su pálida faz. Yacen así, un cadáver sobre otro, después de haber obtenido sus ritos nupciales en la casa de Hades y después de mostrar que entre los hombres la irreflexión es, con mucho, el mayor de los males humanos.

(Eurídice entra en palacio sin pronunciar palabra.)

CORIFEO. — ¿Qué podrías conjeturar ante esto? La reina se ha ido de nuevo sin decir una palabra buena o mala [74].

MENSAJERO. — Yo también estoy atónito. Pero alimento esperanzas de que, enterada de las penas del hijo, no considere apropiados los lamentos ante la ciudad, sino que, bajo el techo, dentro de la casa, impondrá a sus criadas un duelo íntimo para llorarle. Pues no está privada de juicio como para cometer una falta.

[74] El Coro hace notar el misterioso silencio con que se retira la reina, lo que no presagia nada bueno. La misma apreciación hace en *Edipo Rey* 1075, y en *Traquinias* 813.

CORIFEO. — No lo sé. A mí me parece que son funestos, tanto el demasiado silencio como el exceso de vano griterío.

MENSAJERO. — Vamos a saberlo entrando en palacio, no sea que esté ocultando algo reprimido en secreto en su corazón irritado. Tienes razón, también existe motivo de pesadumbre en el mucho silencio.

(Entra en palacio y se cierra la puerta.)

CORIFEO. — *Aquí llega Creonte en persona, llevando en sus brazos la señal clara, si es lícito decirlo, de la desgracia, no por mano ajena, sino por su propia falta.*

Estrofa 1.ª

CREONTE. — *¡Ah, porfiados yerros causantes de muerte, de razones que son sinrazones! ¡Ah, vosotros que veis a quienes han matado y a los muertos del mismo linaje! ¡Ay de mis malhadadas resoluciones! ¡Ah hijo, joven, muerto en la juventud! ¡Ay, ay, has muerto, te has marchado por mis extravíos, no por los tuyos!*

CORIFEO. — ¡Ay, demasiado tarde pareces haber conocido el castigo!

CREONTE. — *¡Ay de mí! Ya lo he aprendido, ¡infortunado! Un dios entonces, sí, entonces, me golpeó en la cabeza con gran fuerza y me metió por caminos de crueldad, ¡ay!, destruyendo mi pisoteada alegría. ¡Ay, ay, ah, penosas penas de los mortales!*

(Sale un mensajero de palacio.)

MENSAJERO. — ¡Oh amo, cuántas desgracias posees y estás adquiriendo, unas llevándolas ahí en tus manos, las otras parece que, tras llegar, pronto las verás en palacio!

CREONTE. — ¿Qué? ¿Existe, pues, aún algo peor que mis desgracias?

MENSAJERO. — Tu mujer ha muerto, la abnegada madre [75] de este cadáver, ¡infeliz!, por golpes recién infligidos.

Antístrofa 1.ª

CREONTE. — *¡Ah, puerto del Hades nunca purificado! ¿Por qué a mí precisamente, por qué me aniquilas? ¡Oh tú que me causas dolores con estas malas noticias! ¿Qué palabras dices? ¡Ah, ah! Nueva muerte has dado a un hombre que ya estaba muerto. ¿Qué dices, oh hijo? ¿Qué novedad me cuentas? ¡Ay, ay! ¿La muerte a cuchillo de mi mujer me acecha para mi ruina?*

(Se abre la puerta de palacio y se muestra el cuerpo de Eurídice.)

CORIFEO. — Te es posible verlo, pues no está ya oculto.

CREONTE. — *¡Ay, ésa es la segunda desgracia que contemplo, desdichado! ¿Cuál es, cuál es el destino que a partir de ahora me aguarda? Acabo de sostener en mis manos, desventurado, a mi hijo, y ya contemplo ante mí otro cadáver. ¡Ay, infortunada madre! ¡Ay, hijo!*

MENSAJERO. — Ella, herida por afilado instrumento al pie del altar, relaja sus párpados en la oscuridad, no sin lamentar antes el vacío lecho de Megareo [76], que murió primero, y, después, el de éste, y, por último, deseándote desgracias a ti, asesino de sus hijos.

---

[75] El griego aplica a Eurídice el epíteto *pammétor*, literalmente: «plenamente madre», destacándolo sobre el de *gyné*, «esposa», que le ha asignado primero.

[76] Megareo, nombre que parece referirse al que Eurípides llama Meneceo, el otro hijo de Creonte y Eurídice, sacrificado antes del combate para obtener la victoria de Tebas ante el asedio de los argivos. Véase EURÍPIDES, *Fenicias* 930-1018. En la versión de ESQUILO (*Siete contra Tebas* 474), Megareo es un guerrero tebano, hijo de Creonte, que guarda una de las puertas. Según P. Mazon, no hay razón para identificar a Megareo, aunque ignoremos los hechos gloriosos que le dieron fama, con Meneceo.

Estrofa 2.ª

CREONTE. — *¡Ay, ay, estoy fuera de mí por el terror! ¿Por qué no me hiere alguien de frente con espada de doble filo? ¡Infortunado de mí, ah! Estoy sumido en una desgraciada aflicción.*

MENSAJERO. — Como si tuvieras la culpa de esta muerte y de la de aquél eras acusado por la que está muerta.

CREONTE. — Y, ¿de qué manera se dio sangriento fin?

MENSAJERO. — Hiriéndose bajo el hígado a sí misma por propia mano, cuando se enteró del padecimiento digno de agudos lamentos de su hijo.

Estrofa 3.ª

CREONTE. — *¡Ay de mí! Esto, que de mi falta procede, nunca recaerá sobre otro mortal. ¡Yo solo, desgraciado, yo te he matado, yo, cierto es lo que digo! Ea, esclavos, sacadme cuanto antes, llevadme lejos, a mí que no soy nadie.*

CORIFEO. — Provechosos son tus consejos, si es que algún provecho hay en las desgracias. Los males que se tienen delante son mejores cuanto más breves.

Antístrofa 2.ª

CREONTE. — *¡Que llegue, que llegue, que se haga visible la que sea la más grata para mí de las muertes, trayendo el día final, el postrero! ¡Que llegue, que llegue, y yo no vea ya otra luz del día!*

CORIFEO. — Eso pertenece al futuro. Es preciso ocuparnos de lo que nos queda por hacer. De eso se ocuparán aquellos de quienes sea menester.

CREONTE. — Pero lo que yo deseo lo he suplicado con esas palabras.

CORIFEO. — No supliques ahora nada. Cuando la desgracia está marcada por el destino, no existe liberación posible para los mortales.

Antístrofa 3.ª

CREONTE. — *Quitad de en medio a este hombre equivocado que, ¡oh hijo!, a ti, sin que fuera ésa mi voluntad, dio muerte, y a ti, a la que está aquí. ¡Ah, desdichado! No sé a cuál de los dos puedo mirar, a qué lado inclinarme. Se ha perdido todo lo que en mis manos tenía, y, de otro lado, sobre mi cabeza se ha echado un sino difícil de soportar.*

CORIFEO. — *La cordura es con mucho el primer paso de la felicidad. No hay que cometer impiedades en las relaciones con los dioses. Las palabras arrogantes de los que se jactan en exceso, tras devolverles en pago grandes golpes, les enseñan en la vejez la cordura.*